

*H. London*

# EL TEATRO

DIRECTOR  
JOSÉ DEL PEROJO

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRACION  
57 SANTA ENGRACIA 57



MARIA VINENT, DEL TEATRO REAL



# EL TEATRO

Núm. 39

Diciembre 1903



EMMA CARELLI, TIPLE DRAMÁTICA DEL TEATRO REAL  
(Fot. Guigoni Bossi)



## CRÓNICA GENERAL

**P**ARA el arte no debe haber fronteras. ¿Por qué nos hemos de privar de lo hermoso que se produce en otros países? Pero téngase en cuenta que hablo de lo verdaderamente bello, no de lo malo ni de lo adocenado y vulgar. De todo esto mucho existe por desgracia en nuestra casa para buscarlo fuera. Bien está que se haya traído y adaptado á la escena española el drama sacado de la novela de Tolstoi, *Resurrección*; ¿pero qué falta nos hacía la versión castellana de la comedia de Lavellan, titulada *Catalina*?

De ambas obras corresponde hablar en esta crónica.

La mayor parte de mis lectores conocerá, de seguro, la célebre novela del escritor ruso. Es una narración inspirada en sentimientos humanitarios, rebotante de piedad para los humildes, de amor y de caridad para los caídos, para los miserables, para los que tienen hambre y sed de justicia. En *Resurrección*, al propio tiempo que se consuela á los desgraciados, se censura duramente á los poderosos, que en Rusia como en todas partes, tienen no poco que merece reprensión y castigo.

El argumento de *Resurrección*, que los adaptadores de la obra han conservado en sus líneas generales, es el siguiente: Katia ha sido recogida por caridad en la casa de una noble familia rusa, en donde desempeña las funciones de doncella. Allí se han conocido de niños ella y el príncipe Dimitri. Pasa el tiempo, Dimitri, que ha seguido la carrera militar, vuelve tras largos años á la casa de su familia, Katia, la compañera de infancia del Príncipe, se ha convertido en una hermosa joven, y Dimitri, picardeado por la vida libertina que ha hecho en compañía de otros jóvenes de su edad y de su posición, enamora, seduce y por último abandona á la pobre Katia.

Los adaptadores han reducido á un acto esta primera parte de la novela.

En el segundo acto Katia no es ya la joven inocente que ciega de amor abrió los brazos al noble libertino; ya no la llaman *Katia*, diminutivo cariñoso de *Catalina*, sino *Maslowa*, nombre con que la designan sus compañeras de burdel. Abandonada y sin honra, ha bajado uno á uno todos los peldaños de la escala que termina en lo más bajo del oprobio. Al presente se la acusa de un crimen que no ha cometido, y como reo de tal delito se presenta

ante el tribunal que ha de juzgarla. Uno de los jurados es el príncipe Dimitri. La abyección de la Maslowa, sus desgracias y su dolor remueven la conciencia del Príncipe, que reconoce desde aquel momento que es obra suya el envilecimiento de la acusada. El tribunal la sentencia, pero Dimitri jura que la salvará y remediará todo el mal que ha hecho.

Acto tercero. Maslowa está con otras compañeras de infortunio en la cárcel de mujeres. A tanto envilecimiento ha llegado que sólo piensa en emborracharse para ahogar sus penas. Hasta ella baja el Príncipe, le ofrece protección, le asegura que obtendrá su indulto, le dice que la hará su esposa; pero la Maslowa, que no ha olvidado la traición de Dimitri y que quizás no ha dejado de amarle, le rechaza y le desprecia.

El acto cuarto pasa en una penitenciaría de Siberia. La Maslowa ha tenido fuerzas para librarse de su abyección moral; ha abrazado su cruz y valerosa y cristianamente, más que á sí propia atiende á los demás, procurando mitigar sus penas y aliviar sus dolores. Dimitri, en tanto, ha obtenido el indulto de Katia y va en busca de ella para sacarla de su prisión y hacerla su esposa.

La Maslowa no acepta el ofrecimiento, rompe el papel en que se le concede la libertad y se une con otro penado de Siberia para juntos aliviar la suerte de los demás presos y obtener su propia redención por el voluntario sacrificio. El Príncipe se aleja y los confinados, de rodillas, entonan el *Gloria in excelsis*... que resuena como un himno en loor de aquella alma que acaba de resucitar del sepulcro de ignominia en que la tenían enterrada sus pecados.

Tal es el drama que la compañía de María Tubau representó noches pasadas en la Princesa y que proporcionó merecidos aplausos á los arregladores y una entusiasta ovación á la insigne actriz.

Un dato que importa consignar. Esta hermosa obra inspirada en nobilísimos sentimientos, eminentemente cristiana, empapada, por decirlo así, en amor á los humildes, en piedad por los desgraciados, no ha podido representarse los viernes benéficos... porque el aristocrático público de dichos viernes la ha considerado como inmoral.

En el mismo teatro de la Princesa obtuvo lo que con extranjera frase se llama un *succés d'estime* la comedia en tres actos titulada *El tren*, original del

Sr. Fernández Arias, joven que con esta primera producción escénica ha demostrado aptitudes nada vulgares para el cultivo del arte dramático.

\* \*

No puede decirse de *Catalina*, obra de E. Lavedan, estrenada en la Comedia, lo que queda dicho de *Resurrección*. De nada le ha servido ser bien traducida por los Sres. Franco y Llana, expertos como pocos en tal clase de trabajos, haber sido puesta en escena con tanto lujo como propiedad y representada con esmero. A pesar de todo, *Catalina*, si no fué rechazada la noche de su primera representación, ha tenido que desaparecer del cartel á las pocas noches de su estreno.

Pertenece la comedia de Lavedan á aquel género un tanto cursi que tanta boga alcanzó á mediados del siglo XIX. Hay allí una señorita angelical que sostiene á su familia dando lecciones de piano, un duque que se casa con ella y un escribiente romántico que la ama, y que con abnegación heroica arregla las diferencias surgidas entre su antigua novia y el duque su esposo... Este argumento, como digo más arriba, no llegó á interesar al público.

\* \*

En cambio, *La Reina Mora*, zarzuela original la letra de los hermanos Alvarez Quintero, y del maestro Serrano la música, ha obtenido en Apolo un grande y merecido éxito.

Ya era hora de que sonasen aplausos en aquel teatro, cuyos estrenos, desde hace cerca de un año, vienen contándose por otras tantas gritas.

Lo mejor de *La Reina Mora* es la escena final: á prepararla va dirigida la acción del sainete, y si en él se advierte á ratos cierta lentitud, si algunas escenas son de escasa novedad, y varios tipos pertenecen al número de los muy llevados y traídos en el teatro, es lo cierto que todo se olvida en gracia á lo cómico y original de la situación última.

La parte musical fué también muy aplaudida: el pregón del pajarero y un dúo entre la buena moza, á quien llaman la Reina mora, y su amante, son dos números muy hermosos é inspirados. Gracias, pues, al aplaudido sainete, la sala de Apolo se ve, por lo menos en una de las secciones, tan favorecida como en aquellos tiempos en que triunfaban, sin rival, las desatinadas obrillas que han desacreditado al género chico.

\* \*

María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza con su talento artístico, con su exquisito gusto y con desprendimiento que raya en derroche, han

hecho una verdadera revolución en lo tocante á la *mise en scene* y al *atrezzo*. No ha mucho representábase las obras en nuestros principales teatros poco menos que como se representaban en tiempos de Moratín, y si es verdad que ya no salía Julio César con peluca de sacatrapos y medias á la virulé, ni Semíramis con tontillo, ni Aristóteles vestido de abate, no es menos cierto que hemos visto al Cid Campeador rindiendo homenaje á su rey en un palacio, imitación de los de Versalles, y á D. Juan Tenorio diciéndole requiebros á D.<sup>a</sup> Inés en un sofá del tiempo de Isabel II.

Mucho corrigió estos disparates el inolvidable D. Emilio Mario y mucho ha hecho también en pro de la verdad escénica Ceferino Palencia. Hoy ya son imposibles en nuestros teatros aquellos anacronismos.

En el drama de D. José Echegaray *La desequilibrada* no se trata ya de fingir la verdad: aquello es

la verdad misma. Cuando el telón se levanta el público no cree ver un escenario, sino un salón ó un gabinete auténticos de un lujosísimo palacio: el lienzo ó el papel de los antiguos telones se ha sustituido por muros de madera, perfectamente pintados; los muebles son de los mejores talleres; los cuadros que adornan las paredes, verdaderas obras de arte; los jarrones, arañas, estatuas y *bibelots*, de exquisito gusto y de fastuosa riqueza. No es posible que en los mejores teatros del extranjero, en punto á lujo escénico, se haga nada parecido á lo que María Guerrero y Mendoza hacen en el teatro Español.

En *La desequilibrada* ha mostrado una vez

más D. José Echegaray la fuerza de su ingenio soberano.

Podrá el crítico al salir del teatro, analizando friamente la obra, señalar inverosimilitudes, faltas contra la lógica, exageración é hinchazón en los afectos y en las pasiones; pero cuando se halla bajo la sugestión avasalladora del gran mágico de nuestra escena y se siente deslumbrado por los resplandores de su poderosa fantasía, no puede menos de aplaudir al ilustre dramaturgo y reconocer su absoluta soberanía sobre el arte escénico.

Quien lo dude vaya á ver *La desequilibrada* y de seguro se sentirá subyugado por el arte de Echegaray, interpretado asombrosamente por María Guerrero cuyas portentosas facultades encuentran en la obra extenso campo en que manifestarse, y á quien secundan con acierto las Srtas. Colorado y Sánchez, los Sres. Mendoza y Palanca, y cuantos en la representación toman parte.



DON MIGUEL SOLER

DIRECTOR DE LA COMPAÑÍA DEL TEATRO DE APOLO



CATALINA, Sra. Pino

MAGDALENA, Srta. Ziur

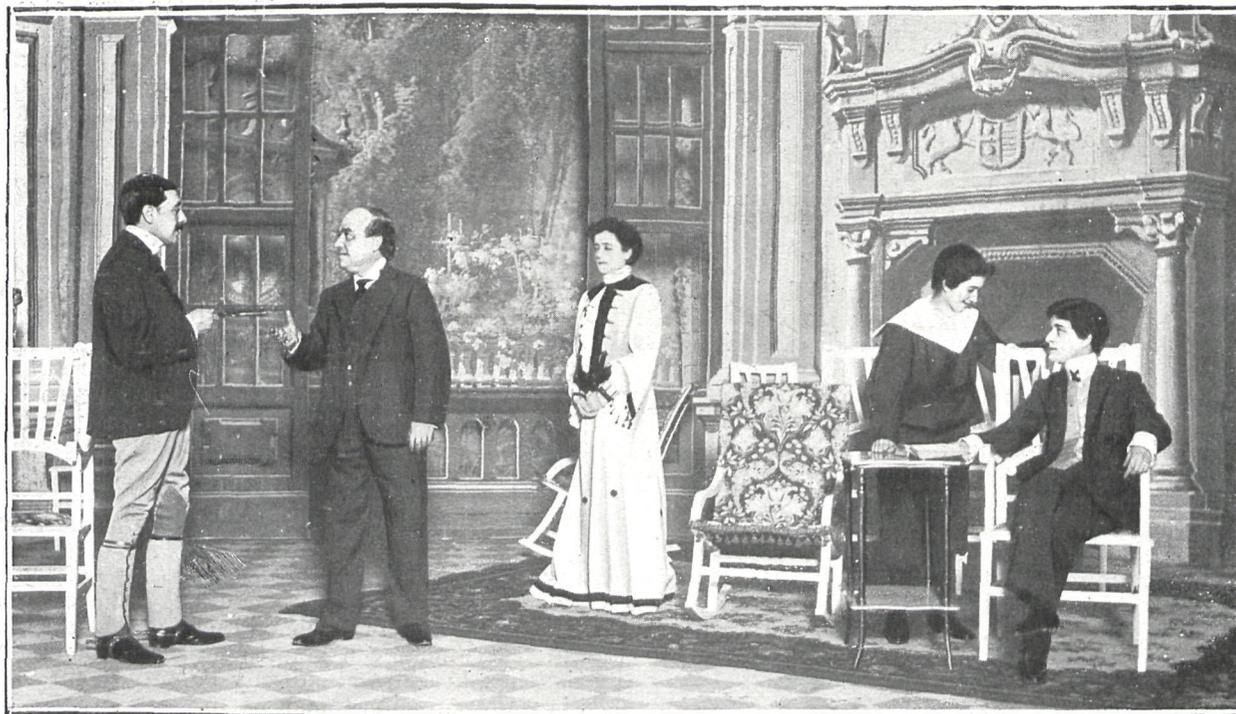
## CATALINA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, DE HENRY LAVEDAN, ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA.  
 POR LOS SRES. FRANCO RODRÍGUEZ Y GONZÁLEZ LLANA, ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA COMEDIA

**D**os años después de haber subido al escenario de la Comedia francesa, para estrenar, *Une famille*, dió Henry Lavedan al teatro de Vaudeville, en Junio de 1892, una comedia titulada *Le Prince d'Aurec*, con la cual es oportuno relacionar lo que bajo el rótulo *Catalina* hemos

visto ahora en el teatro de la calle del Príncipe, traducida por los Sres. Franco Rodríguez y González Llana, y habíamos visto antes representada por alguna compañía extranjera.

*Catalina*, en efecto, es la antítesis de *Le Prince d'Aurec*, y, sin embargo, los mismos reproches que



ACTO TERCERO.—DUQUE DE CONTRÁS, Sr. Ortega.—VALLON, Sr. Balaguer.—CATALINA, Sra. Pino.—PABLITO, Srta. Asquerino.  
 FEDERICO, Srta. Bremón

Fots Campúa



PRIMER ACTO.—JORGE MONTEL, Sr. Tallavi.—CATALINA VALLON, Sra. Piño.

pueden hacerse á una de las comedias son perfectamente aplicables á la otra, el vicio capital de ambas es el mismo. De *Le Prince d'Aurec* pudo decir muy justamente un crítico francés: «Esta comedia es de cabo á rabo una requisitoria y una sátira contra la nobleza. Ha herido, y era inevitable, muchas susceptibilidades y se ha pretendido que el autor, poniendo así en evidencia á toda una clase, había ido demasiado lejos.

Los aristócratas franceses entendieron que Lavedan en *Le Prince d'Aurec*, faltando á los cánones, ni había visto claro, ni había herido con acierto; decían, y con razón, que la aristocracia francesa no estaba formada únicamente por jugadores arruinados y mujeres fáciles y ligeras.

En estas censuras, que no fueron ni con mucho las únicas dirigidas al autor de *Le Prince d'Aurec*, está evidentemente la génesis de *Catalina*. Lavedan

se dejó convencer por aquellas razones y en su nueva comedia dió á los enojados protestantes el desquite; todos los aristócratas que intervienen en la acción de *Catalina*, hasta la vizcondesa de Grisolles, son movidos por pasiones grandes y nobles y si alguno se desvía por un momento del camino del deber es para orientarse pronto de nuevo, poniendo así más claramente de manifiesto sus excelentes cualidades y la absoluta moralidad de su espíritu. Los mismos cargos que se hicieron á Lavedan por haber mirado al escribir *Le Prince* á los aristócratas franceses con cristales demasiado negros podrían repetírsele por haberlos vistos al escribir *Catalina* con cristales demasiado rosados.

Un análisis de la obra representada ahora en la

llama, y al salir deja á su hermano el encargo de excusarla con Catalina, la profesora de piano, que debe llegar de un momento á otro. El duque está enamorado de Catalina, cosa que ignoran todos, y cuando ella llega lo demuestra con sus cariñosas atenciones, pero sin llegar á una declaración, tal vez porque llega á interrumpir su diálogo una prima del duque, la vizcondesa de Grisolles, enamorada á su vez del joven y que, naturalmente, tiene la clarividencia necesaria para percatarse pronto del secreto que tan cuidadosamente oculta su adorado.

Catalina se despide, entonces quedan solos los dos primos y ella confiesa al duque que está enamorada de un hombre desde hace muchos años y que solo por despecho, por herirle con un supuesto



ACTO PRIMERO.—DUQUESA DE COUTRÁS, Sra. Alverá.—VALLON, Sr. Balaguer.—CATALINA VALLON, Sra. Pino.

Comedia, será prueba bastante de lo que decimos. Trataremos de hacerle:

Comienza la obra con una escena entre la duquesa de Cambrás y sus dos hijos el duque Rafael y Magdalena. En ella la duquesa lee una carta encontrada entre los papeles de su difunto esposo, en la que éste le recomienda que no contrarie la voluntad de sus hijos cuando traten de contraer matrimonio. El duque pide á su madre que le entregue aquella carta para conservarla y ella accede á los deseos de su hijo.

Poco después el duque queda solo; su madre, acompañada por otra dama amiga suya, sale á visitar y socorrer á sus pobres y Magdalena sale también á visitar á su nodriza que está enferma y la

desdén, se casó con el vizconde de Grisolles, del que va á divorciarse quedando de nuevo en disposición de casarse con el hombre á quien adora. El duque no se percató de que ese hombre es precisamente él y forma el propósito de declarar á su madre el amor que por Catalina siente y pedirle consentimiento para casarse con la profesora de piano.

Así lo hace, cuando poco después regresa la duquesa, y tiene el placer de ver que la noble dama accede fácilmente á su petición, y después de exigirle formal promesa de que hará feliz á la muchacha, le promete que ella misma irá á pedir la mano de Catalina.

El acto segundo ocurre en casa de ésta, un modesto piso en las alturas de una casa de vecindad,